

# El encuentro

*provoca mi libertad*

*Don Luigi Giussani, El desafío de la fe cristiana, Capítulo VI*

## *Las líneas esenciales de la pedagogía reveladora*

### **a) El Maestro al que seguir**

Jesús pide ante todo que se le siga. Así el primer modo que Jesús tiene de presentarse es comprensible para la gente y aceptable. Conlleva una implicación mucho más grande, pero la gente no se da cuenta. Cuando Jesús dijo a Andrés, Juan, Simón: «Venid conmigo», les hizo una invitación que podían entender perfectamente. Intentemos proyectarnos ahora a treinta años de distancia de ese primer instante, cuando los discípulos, esparcidos por todo el mundo entonces conocido, se convirtieron en factores originantes de una realidad totalmente nueva. Pensando en su pasado, ¿qué significado adquiriría ahora aquella primera palabra oída!: « ¡Sígueme!». Pero en el momento de oírla era imposible percibir todavía la totalidad y profundidad de su contenido.

Ya hice la comparación con una experiencia corriente para los hombres. Una persona se topa con otra, que más tarde tendrá un significado decisivo en su vida: si pasados veinte o treinta años piensa en esa primera ocasión ¿qué impresión más fuerte al captar el significado oculto de un cierto momento de su existencia, al reconocer el contenido de ese instante de encuentro, contenido que la historia hará emerger luego poco a poco y que el tiempo pondrá de manifiesto!

### **b) La necesidad de una renuncia**

Pero a medida que pasa el tiempo, Jesús redobla su invitación. La llamada a seguirle no sólo significa la pronta disposición a reconocerle como justo y digno de confianza, sino que va unida a la necesidad de «renunciar a sí mismos» (Mt. 10,39). En cierto sentido es obvio: para seguir a otro, hay que abandonar la posición propia, a «nosotros mismos». De modo que pide a sus discípulos que le sigan aun a costa de separarse de lo suyo, como su vida en familia y sus bienes. Esto implicaba ya una cierta «extravagancia», pero no excesivamente. En aquella época había muchos «rabbí», como por ejemplo en algunos grupos esenios, que se retiraban al desierto o que se afincaban en las afueras de la ciudad, cuyos adeptos abandonaban lo que poseían. Pero también el sentido profundo de esta renuncia -la renuncia a «sí mismos» como criterio-, estaría destinado a aparecer más tarde en el ánimo de quien le seguía.

### **c) Frente a todos**

Pero Jesús no sólo pretendía que le siguieran separándose de lo que poseían, sino también que estuvieran «por él» frente a la sociedad. Pide que el hombre le siga incluso exteriormente, socialmente (testimonio) y de esto hace depender el valor mismo del hombre, su salvación. «Por todo

aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos» (Mt. 10,32-33). Por lo demás, ninguna relación es entera y verdadera si no tiene la capacidad de afirmarse socialmente. Si por ejemplo una chica está en relaciones desde hace tiempo con un muchacho y, llegado un momento, quizá por presiones de su padre o de su madre, le dice: «Ven a mi casa, para que te conozcan», y en ese momento el muchacho da largas diciendo: «No, esperemos un poco», y no se atreve a reconocer sus relaciones ni siquiera ante los amigos, con toda razón la muchacha se sentirá insegura y a disgusto. En realidad, hasta que un sentimiento o una relación no tiene la capacidad de exponerse ante las miradas de la sociedad, de afirmarse ante los demás, hasta ese momento no se puede decir que el sentimiento o la relación sean con seguridad verdaderos. Por eso el Señor expresa esta trayectoria en su insistir: que se le siga, y que esto se haga hasta el punto de saber abandonar lo que se considera propio, pero que la adhesión a él no es realmente total, aunque se haya abandonado todo, si no se está con él frente a los demás. Volviendo al ejemplo del muchacho: podrá dejar de lado cualquier interés e incluso sus relaciones familiares para estar cerca de su chica, pero esto no será todavía la prueba de la seguridad de su relación. Pues puede darse a la vez que todavía no quiera que esa relación se afirme ante la sociedad, mientras que el sentimiento humano considera como la prueba mayor de una verdad el que se afirme «ante la sociedad» y «ante todos»

### ***Por su causa: el centro de la libertad***

Los pasos que hemos descrito son como un primer aspecto de las relaciones de Jesús con los suyos. Podemos hablar de una etapa posterior en la que sigue insistiendo y dirige su llamada a lo hondo de su corazón.

Este paso va dirigido a impresionar fuertemente a quien le sigue de cerca. Jesús comienza a usar insistentemente la fórmula «por mi causa» De este modo va derrumbando poco a poco los factores que antes se tenían como fundamentales a la hora de establecer una identidad y se perfila una identidad nueva, un rostro distinto, para el cual lo que se hace de válido, es válido no porque se sienta o se juzgue como tal, sino porque se lleva a cabo por él. «Por mi causa» Pero sobre todo hay que registrar el dato y tomar conciencia de que al obrar «por su causa» puede uno quedarse fuera de la sociedad, reducido al ostracismo; hay el riesgo de chocar con la mentalidad común.

En el capítulo décimo del evangelio de San Mateo, cuando Jesús envía a los Doce a predicar por los pueblos, les da unas instrucciones que expresan perfectamente esta segunda etapa de su modo de educar: «Y si no se os recibe ni se escuchan vuestras palabras, salid de la casa o de la ciudad aquella sacudiendo el polvo de vuestros pies. Yo os aseguro: el día del Juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma y Gomorra que para la ciudad aquella. Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas; y por mí os llevarán ante gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles... Entregaré ala muerte hermano a hermano y padre a hijo; se levantarán hijos contra padres y los matarán. Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre... No está el discípulo por encima de su maestro, ni el siervo por encima de su amo. Ya le basta al discípulo ser (tratado) como su maestro, y al siervo como su amo. Si al dueño de la casa le han llamado Beelzebul, ¡cuánto más a sus domésticos!... Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados» (Mt. 10,14-18. 21-22. 24-25. 27).

Ahora bien, el aspecto fundamental, y, mirándolo bien, también el más impresionante, de este «por mi causa» no es tanto la descripción, aunque sea realista y desde luego grave para quien le

escuchaba, de las posibles hostilidades a las que se encaminaba el seguidor de Jesús, cuanto más bien el hecho que subyacía a esa descripción: lentamente Jesús va poniendo su persona en el centro de la afectividad y de la libertad del hombre. Y esto se convierte en un latigazo cuando llega hasta ponerse en comparación con los afectos más íntimos del hombre mismo.

«Todavía estaba hablando a la muchedumbre, cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera y trataban de hablar con él. Alguien le dijo: "¡Oye! ahí fuera están tu madre y tus hermanos que desean hablarte". Mas él respondió al que se lo decía: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?". Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: "Estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre"» (Mt 12,46-50). Pone su propia persona como alternativa a los sentimientos naturales, aunque la palabra «alternativa» sea equivocada; sólo explica el primer choque con este comportamiento de Jesús. Debería decir mejor que pone su propia persona en el corazón de los mismos sentimientos naturales y se sitúa con pleno derecho como su verdadera raíz. «No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; y sus propios familiares serán los enemigos de cada cual. El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí... El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 10,34-37.39).

La libertad del hombre se verifica mucho más en la experiencia de las relaciones con lo que le pertenece, que directamente consigo mismo. Un hombre aceptaría más fácilmente perderse a sí mismo que perder a la persona que ama; pues su libertad encuentra acicate en la relación de posesión o de preferencia. Esta es la cosa: Jesús se pone en el centro de esas relaciones como si fuera el corazón en el que éstas tienen su origen y sin el cual no tendrían vida.

Y aquí está el punto de arranque de la animadversión con respecto a él. Mientras se declara «maestro» e invita al «sígueme», uno puede reconocerlo e ir con él o bien no seguirle, y queda todavía sitio para la simple indiferencia, pero cuando su propuesta se especifica como una pretensión de entrar en el ámbito de nuestra libertad, entonces o se le acepta y ello se convierte en amor o se le rechaza y ello se convierte en hostilidad.

La historia que he contado antes termina ilustrando, también por analogía, la aversión que surge frente a alguien que de alguna manera ponga en práctica una pretensión de centralidad. En efecto, un día, cuando ya «el rey de Portugal» se había ganado con su amistad a los del pueblo, llegó un coche de la policía y se lo llevó. Alguien le había traicionado. ¿Quién? El alcalde. Pero, ¿por qué? ¡Nunca se había respetado y honrado tanto al alcalde como en el mes en que había estado allí ese señor! Sin embargo el alcalde sentía, y no lo aceptaba, que él ya no era el centro del pueblo, constataba que había sido desplazado como punto de referencia y amo del pueblo.

Un mecanismo muy parecido al que se desencadenó en las reacciones hacia la persona de Jesús. Comienza a brotar una hostilidad contra él precisamente por su manera de presentarse, es decir, cuando empieza a manifestar su presencia con la pretensión de tener un significado decisivo y un poder determinante en el ámbito de la libertad de la gente.

Una doctrina que explique la vida puede provocar asentimiento o negación -dice Romano Guardini-, pero es muy distinto cuando una figura humana plantea por sí misma la pretensión de tener una importancia absoluta para nuestra vida. Para reconocer y aceptar esa pretensión, el que escucha tiene que renunciar a sí mismo, tiene que sacrificar la autonomía de su criterio de una manera tan sensible como sólo puede ocurrir en el amor. Si se rechaza esta renuncia a uno mismo, lo que brota es una aversión radical, profunda, que tratará por todos los medios posibles de justificarse.

Los apóstoles ahondarán en su elección justamente en esta segunda etapa, al igual que es en esta etapa cuando los demás se distancian de Jesús.

Dice Tresmontant: «Si se estudia el caso de Jesús de Nazaret, se advierte que la resistencia que se encuentra proviene de que Jesús, con sus acciones y palabras, enseña una doctrina que desconcierta y choca con costumbres adquiridas, imágenes adquiridas y prejuicios. Los que mantienen y transmiten los prejuicios se rebelan contra este maestro de novedades. Les resulta intolerable. Lo era y lo es todavía hoy. Lo será siempre.

¿Cómo explicar esta resistencia a la novedad, esta resistencia a la información creadora, esta nostalgia innata por el pasado, lo antiguo, lo primitivo por parte de la humanidad? Un animal sometido a la necesidad de experimentar metamorfosis para alcanzar su edad o más bien su estado adulto, si fuese consciente o si conociese de manera reflexiva su estado antiguo, su estado presente y esta invitación a sufrir un nuevo cambio, se puede formular la hipótesis de que se resistiría con todas sus fuerzas a esa metamorfosis. El gusano preferiría seguir siendo gusano y la crisálida seguir siendo crisálida antes que experimentar las transformaciones que harán de la larva un animal nuevo. Es muy posible que el hombre esté justamente en la misma situación. Es un animal esencialmente incompleto, llamado por Dios, el Creador, a un destino sobrenatural, la participación en la vida de Dios, y que sólo puede acceder a este destino mediante un nuevo nacimiento, una transformación... Este animal divinizable -es la definición que daba del hombre Gregorio Nacianceno- se resiste con todas sus fuerzas a esa transformación, a ese nuevo nacimiento, a esa metamorfosis; y acosa a los que le invitan a dicha transformación. Prefiere seguir siendo el hombre antiguo, el hombre viejo, antes que convertirse en hombre nuevo. O más exactamente, hay en él dos deseos contradictorios: uno le lleva a aceptar ese cambio mientras que el otro le lleva a echarse atrás, a volver sobre sus pasos»<sup>1</sup>

En todo caso sigue en pie el hecho de que el discriminante fundamental de la elección en pro o en contra de Cristo radica en la pretensión inconcebible de su Persona, en la novedad absoluta de su «naturaleza», en la respuesta inimaginable a la pregunta de quién es él: ésta es la clave para dar el salto cualitativo en la percepción de uno mismo, y en la imagen que tenemos de la vida.

---

<sup>1</sup> C. Tresmontant, Cristianesimo, filosofía, scienze, Jaca Book, Milán, 1983, pp. 247 s.